



* Facultad de Humanidades, Universidad Autónoma del Estado de México.
Correo electrónico: qluis11@hotmail.com

La madre silenciosa...

Luis Quintana Tejera*

Quisiera entender en todo su alcance cómo era la figura de aquella mujer. Llegan nítidamente a mí muchos momentos de una niñez vivida y más aún, de una juventud soñada. Recuerdo su imagen junto a mi cama, su caminar silencioso en las largas noches de una fiebre recurrente, su apoyo a lo que ella creía que era la inmensa causa de la moral compartida.

Hoy, cuando todo ha concluido, cuando el polvo del camino no guarda ni siquiera la más mínima huella, cuando las imágenes del pasado se difuminan poco a poco, cuando el esfuerzo de una mente no alcanza a abarcar, no llega a comprender; cuando todo esto pasa, cuando tú no estás para consolar tantos momentos de vacilación y de duda, sólo queda la fuerza de la mente. La razón se impone, impone su capricho y te recupera de esa

nebulosa constante de la vida.

Es muy temprano de un lunes que comienza lentamente; todo está en movimiento en la panadería matutina. Don Alcibiades da órdenes que apenas se cumplen y doña Alcira regentea. Ella se ha visto en la necesidad de contratar varias mujeres para que la apoyen en diversas labores de la casa y el negocio; son —como las llamaría socarronamente Pío Cigale en momentos de cordura—, “las doncellas de la casa”, pero su verdadera condición resulta reflejada justamente por todo lo contrario de lo que el término empleado por el bardo cantor implica; estas jóvenes mujeres viven la vida sin precauciones mayores y entregan su cuerpo dos minutos después de creer que están perdidamente enamoradas del hombre que las abandonará irremediamente una hora más tarde de haberlas poseído. Sus funciones en la pa-

nadería eran diversas: atender el mostrador de venta, controlar cuando los empleados que saldrán a la calle retiran el pan que se distribuirá, asear el inmenso lugar con la mayor pulcritud posible, etc., etc. Porque ese mundo patriarcal matriarcal que se abre en las puertas de los dominios de don Alcibiades está lleno de circunstancias imprevistas. Todo lo que manda hacer el patrón se cumple luego de pasar por el visto bueno de la patrona. Y ella, doña Alcira, quería que su casa fuera un modelo de perfección moral y para ello arengaba constantemente a las tímidas sirvientas. Su discurso iba y venía por los vericuetos de la axiología cristiana adaptada no sólo a su propia comprensión, sino también a los impredecibles esfuerzos que estas niñas tenían que hacer para tratar de entender lo que les quería decir con aquello de: “Sólo entregarás tu

*Se acercó presuroso.
Había duda en su mirada.
Ella lloraba en torno a una idea.
Fue la madre amorosa, fue el recuerdo,
fue el desdén en un instante.*

*Era así como tú la madre mía,
blanca y hermosa..., pero no eres tú.
J.Z. De San Martín.*

*Me diste la vida, desperté un instante...
Vibré bajo el conjuro, soñé
contigo muchas veces;
no te vi partir y te lloré silencioso...*



cuerpo en el matrimonio y para engendrar hijos, que serán la bendición de la casa” Y ciertamente la Ñata no entendía cómo el Todopoderoso la había bendecido tantas veces —cuando la vi por última vez ya tenía ocho hijos de ocho padres diferentes—, y por qué no la auxiliaba para alimentar sus bocas hambrientas. Gloria se habrá preguntado por qué doña Alcira se escandalizó el día en que ella le contó sus aventuras en el baile de la noche anterior y de qué manera se había entregado tiernamente en los brazos del nuevo galán que acababa de conocer, apenas unos minutos antes del amanecer. Y doña Alcira se horrorizaba ante estas alternativas tan poco cristianas y veía también de qué manera estas ninfas del siglo XX engendraban constantemente a espaldas del ignorado condón.

De esta forma los hechos se sucedían sin control. La madre

de esta casa asistía diariamente al templo; confesaba semanalmente y comulgaba todos los días. Hasta tal punto llegaba su entrega al prójimo que se permitía abastecer a todos los pobres que llegaban a sus puertas. Mucho tiempo después conocí a otra mujer que también hacía caridad con el humilde, pero olvidaba alimentar el espíritu de los que estaban a su lado: es más fácil entregar cinco o seis despensas que calmarán nuestras conciencias deudoras, que atender y ser fiel a quien está a nuestro lado y que también necesita, si no materialmente, al menos sí espiritualmente. Pero mamá no pedía nada a cambio; todo lo hacía guiada por aquel convencimiento que echaba raíces en los requerimientos del humilde.

Es cierto también que estos personajes dejados de lado por la fortuna sabían agradecerse los sin reservas; no sucedía así con

las responsables morales quienes preferían la dinámica de tres o cuatro oportunidades orgiásticas a todo el placer que les pudiera traer el consabido tema de la moral misteriosa.

Es increíble. Fue autodidacta, leyó muy poco porque sus ojos enfermos desde muy temprano se lo impidieron; pero tenía sus propias ideas que siempre, siempre terminaban en el tema de la religión. Llamaba *moros* a quienes no profesaban la fe católica, y con esa palabra, con la adecuada contextualización de ese término no estaba proporcionando los principios básicos para lo que bien podría ser una clase de historia medieval española; esos eternos enemigos de la única fe posible, la cristiana, se volvían ahora símbolos de un comportamiento que no debía autorizarse. Los comunistas eran *moros* e irremediablemente se iban a condenar; los mormones —decía a media voz y con espanto—, practicaban la irreverente poligamia y agregaba que sus cuerpos anticipadamente estaban ardiendo en el infierno y podían considerarse como verdaderos portadores de Satanás, porque no sólo fallaban en lo axiológico, sino que además defen-

dían una creencia contraria. Por esto último utilizaba también la palabra *herejes*, y no sólo para los norteamericanos de las bicicletas, sino también para todo aquel que incurriera en faltas diversas: si veía a alguien obligado a caminar en dos patas al perro de la vecina o arrojando al gato de un tercer piso para ver si caía parado, les decía: “¡Qué herejías le andás haciendo a esos pobres animales!; y así la tergiversación del dogma de fe se aplicaba a las más ingenuas actividades de cada día. No quiero ni imaginarme a doña Alcira en la época en que la Inquisición dominaba; quizás se hubiera llevado muy bien con el perfecto Mauricio y su amariconado *Nihil obstat*.

Además ella creía en todo tipo de milagro. El padre Pío de Pietrelcina¹ estuvo de moda en aquellos tiempos y un retrato del sacerdote insólito presidía su recámara. Decía, en su afiebrado discurso cotidiano, que el padre Pío llevaba con dignidad y dolor los estigmas de Cristo; que el padre Pío tiene el poder de la ubicuidad; que el padre Pío apareció de pronto en un ignorado pueblito de Venezuela abofeteando a un hombre que reía de él; que el

1. Comento en relación con este personaje real que se trataba de un sacerdote capuchino que había nacido en la ciudad de Pietrelcina en 1877 y que murió en 1968 en San Giovanni Rotondo. Tenía —esto dicen—, los estigmas de Cristo y fenómenos extraordinarios se manifestaban en su persona tales como un perfume muy intenso de jazmín que emanaba su cuerpo y los otros aspectos aquí incluidos el recordar los dichos de doña Alcira.

padre Pío se elevó en el momento sublime de la consagración dos metros del piso ante el asombro de los feligreses; que el padre Pío leía el pensamiento y daba penitencias a diestra y siniestra sin necesidad de oír a sus devotos; que el padre Pío... Quien sabe cuántas cosas más defendía y propagaba en medio de una unción religiosa que le permitía evolucionar por su mundo de imaginación católica en donde hasta el más inocente podía resultar culpable en cualquier momento.

Vivió y murió fiel a todas sus consignas. Apoyó a don Alcibiades hasta el último instante y nunca dejó de comulgar los siete primeros viernes de cada mes para alcanzar así la indulgencia plenaria que la Iglesia ofrecía a sus fieles seguidores.

Recuerdo de manera particular una ocasión en el momento sagrado de la siesta diaria. La rectora sublime de cada intersticio de la moral dormía apenas; me había pedido, más bien ordenado, que estuviera atento al movimiento general de la panadería. Sinceramente me distraje un poco entregado a hechos más divertidos, tales como el juego si-

lencioso con la pelota grande y naranja, las imaginaciones individuales en donde ya empezaba a ocupar un tímido lugar la imagen sensual de la mujer; en fin, no supe qué estaba ocurriendo y me fui a acurrucarme a los pies de la cama en donde ambos, inocentemente, se entregaban felices al obsesivo movimiento de su inconsciente despierto. De pronto ella, la madre atenta y protectora, regresó al dominio de lo consciente y me preguntó si había visto a la Ñata retirarse. Alcancé apenas a responder con tímida negativa cuando doña Alcira estaba de pie y poniéndose la bata morada salía como disparada hacia el patio de la panadería. Tan veloz fue su movimiento que apenas llegué detrás de ella en el instante en que ingresaba al humilde vestidor del baño general de los empleados; allí, justamente allí, vi a Julio César Castro arrodillado y llorando a sus pies mientras ella lo rechazaba con ademán severo; vi a la Ñata que escapaba por los rincones del lugar y al mismo tiempo trataba de ponerse el enorme brassier; vi la confusión que en ese momento no alcancé a com-

prender en su verdadera significación; nunca supe que tuve el honor de estar presente en el preciso instante de la concepción del sexto hijo de aquella mujer. Al otro día, Castro había sido perdonado —no se podía prescindir de un obrero tan eficaz en las cosas de la panadería—, la Ñata fue castigada severamente mientras su vientre empezaba a crecer y Julio César pensaba en la mejor forma de ignorar a ese vástago. Todo era así en este insólito ambiente en donde las ideas sobre la moral compartida iban y venían.

En otra ocasión, el hijo menor de la casa tenía como consigna fiscalizar a Gloria mientras Posadas —éste era el apellido de su novio— llevaba a cabo su visita semanal. Ciertas incomprensibles urgencias del cuerpo obligaron al galán a apresurar los acontecimientos puesto que ya no estaba dispuesto a permitir que todo sucediera el próximo jueves; de esta forma decidió corromper al pequeño can Cerbero y éste se dejó comprar con la cándida alegría del niño que rara vez podía tener en su bolsillo una enorme moneda de veinte

pesos. Él no sabía que el tiempo otorgado a la pareja sería utilizado en acciones que horrorizaban el casto intelecto de doña Alcira. Pero el sistema de control de la patrona era tan impecable que todo llegaba a saberse irremediadamente. Hitler hubiera estado feliz de contar con semejante forma de control eficaz en el contexto de su inocente Gestapo. El niño fue amonestado y obligado a confesar ante el sacerdote de turno su pecado de complicidad ignorada.

Don Alcibiades dejó de existir primero que ella y regresaba en las noches a tocar en su ventana para cerciorarse de que su esposa querida seguía estando bien a pesar de su ausencia. Toda la magia de este mundo mítico presidido por la enorme aureola de la fe permitió a esta mujer irse metiendo poco a poco en el silencio de su vida, hasta comprender que sus imaginaciones y fantasías estaban muy cerca de la realidad. Llegó serena al final de su existencia y marchó al encuentro del alivio sublime que da la muerte. La santidad de sus creencias la conduce hoy por los senderos ontológicos del más allá.

